

Mientras tanto, el localismo echaba raíces y cobraba tonos amenazantes en las provincias. Córdoba desobedecía á toda ley de carácter constitucional apoyándose en las garantías de la de 1825. — Un movimiento uniforme de temor y de indignación acogió la ley de capital que destruía la autonomía de la provincia de Buenos Aires; y lo que era más alarmante que estos estallidos de la opinión, que las controversias parlamentarias y las polémicas de la prensa, — Rosas y Quiroga, — dos caudillos típicos, envueltos en una atmósfera de fanatismo como jamás había rodeado á hombre alguno, — imperaban en ambos extremos de la República. La masa bárbara había encontrado, por fin, sus ídolos, su expresión, las personas superiores cuyo ascendiente la atraía y cautivaba.

Algo sobrenatural veían los gauchos en Facundo. Su caballo misterioso, su suerte invariable, aquel arrojado inspirado por el fanatismo común á sus afines, su destreza, su perseverancia: la reserva imperiosa de su espíritu, la ferocidad que relampagueaba en sus ojos velados entre el ceño de su frente y las guedejas enmarañadas de su espesa cabellera: todo aquello, señores, — le revestía con los terrores de una maravilla infernal.

Rosas era hermoso como el Belial de Milton. La luz estaba fuera y la sombra dentro. Hay en sus ojos una mirada tenaz: revela un pensamiento fijo. Hay en sus labios una sonrisa fría, desdeñosa, perpetua, que los repliega en un di-

bujo inmóvil: se la estereotipa una esperanza siniestra y el sarcasmo satánico que brota en las profundidades de su alma. — Ginete, aventurero, desmoralizado, caprichoso y extravagante, así le adora el gaucho del sud como adoran á Facundo los gauchos del interior. La sociedad colonial y pastora ha engendrado sus monstruos...

El partido unitario, semejante á los contempladores místicos que se abstraen de las realidades del mundo para sumergirse en los torrentes de poesía que les fascinan, — prescinde de la tempestad que truena, del fenómeno social que representan caudillos y acaudillados, — del producto revolucionario expresado en el provincialismo, — de todos los órganos de la vida nacional criados ó revelados en el desarrollo histórico y social de la democracia, — y formula una Constitución académica, no política, porque era contraindicada: destinada á perecer inevitablemente porque era antipática para las muchedumbres y mala en sí misma. — Yo la llamaría mala, sólo por ser unitaria; pero aun los que rechacen mi criterio, convendrán conmigo en que, limitándose como se limitaba á destruir la independencia provincial y establecer la división y balanza de las autoridades políticas, — esa Constitución era estéril, porque no fomentaba la libertad protegiendo sus formaciones naturales, porque el poder colocado sobre la nación estaba construido según la falsa teoría de los discípulos de Montesquieu, y porque no proveía los medios de regenerar la sociedad é imprimirle la aptitud y la disciplina de las instituciones libres.

Los federales atizaron la hoguera: la Constitución fué rechazada, y con ella cayeron el Congreso y la Presidencia.

Dispersas de nuevo las provincias, impera en Buenos Aires el partido federal, y acomete otra tentativa de reconstrucción nacional, cuyo único paso fué la abortada Convención de Santa Fe en 1828. — Mas el partido unitario, partido hasta entonces puramente propagandista, constitucional y de gobierno, pierde el rumbo que le imprimía la serena razón de Rivadavia, é imita á sus adversarios entrando en la vía de las conspiraciones y de la violencia. Bien como el partido federal se había apoyado en el caudillaje, — el unitario, siguiendo sus atracciones, se apoya en el ejército. — Una revolución militar derroca y sacrifica en Buenos Aires á Dorrego: — El general Paz establece, en nombre y quiero creer que en servicio de la libertad, — una dictadura, militar también, en el interior.

Desde aquel momento, señores, la infortunada suerte de estos pueblos estaba escrita. — Se habían desconocido á sí mismos hasta el punto de debilitar todos sus elementos organizadores, y debían sobrevenirles grandes calamidades. — El partido unitario se desnaturaliza, el federal se disuelve. — En adelante no hay hombres de pensamiento ilustrado y de alma sana, vinculados por la comunidad de sus ideas, que luchen por formas de gobierno: queda el ejército en frente de la muchedumbre iracunda, explotada por los caudillos, arrastrada á lo sangriento y á lo abyecto.

Este presentimiento amargaba sin duda el espíritu de Dorrego al marchar á su martirio, cuando formulaba su testamento político y moral perdonando á sus enemigos y encareciendo á sus partidarios que se abstuvieran de vengarle. La noble víctima quería que su sangre fuera absorbida en la tierra, como la de una víctima oscura, y que de aquel infortunio no surgiera el infortunio de su patria. No le fué dado contemplar desde las regiones superiores la satisfacción de sus votos. Los partidos degenerados se fraccionaban en medio de la guerra civil, y la descomposición social crecía como la gota primitiva de un torrente se engruesa con la que le sigue y se aglomeran con otra y otra, engendran la onda, y las ondas se atropellan, se engloban, rasgan la tierra, abren cauce y se hacen corrientes que van á precipitarse mugiendo en los anchos senos de la mar.

El espíritu moderador había desaparecido. Ninguna doctrina fulguraba anunciando al pueblo un punto de refugio. La ignorancia, la demoralización, el egoísmo, la rapacidad, todos los vicios generados por la economía y la política de los gobiernos coloniales, reventaban sobre la superficie sin hallar obstáculo ni correctivo, á no ser en otra fuerza no menos peligrosa para la libertad, quiero decir, en el ejército, — ó en las resistencias intermitentes de algún resto de los partidos constitucionales que conseguía mezclarse en el movimiento y hacerles frente con más coraje que fortuna.

Si sorprendéis la tiranía de Rosas en su apogeo no podréis menos de admirar la sagacidad con que metodizó el terror y la destreza con que se desprendió del elemento que le había elevado hasta romper todo vínculo y cernerse solo en su sangriento Olimpo. Hería con los grandes golpes como el asesinato de Maza, con lo inesperado sacrificando víctimas insignificantes para advertir que ninguna cabeza estaba exenta de sus iras: sobrecogía con tragedias repugnantes como la carnicería de indios en 1836: probaba la madurez de sus elaboraciones en la víspera de terminar el primer período de su dictadura con las matanzas de 1840: en 1842 se daba un festín de sangre mezclando á los torrentes que vertían Aldao, Oribe y Urquiza en todo el territorio de la República, la que derramaba la mazorca en el seno de la capital vilipendiada; — y cuando fatigado paralizó el terror, viendo palpitar las entrañas en que el miedo disminuía, ofreció á sus genios protervos la brutal inmolación de Camila O'Gorman. Esta vocación, este genio ó destino de tirano revelábase, señores, cuando trillaba los senderos del altar que ocupó como sacrificador y como ídolo.

Ahogó la ciudad con la campaña, la revolución liberal con la escoria colonial, y apoderado del gobierno por primera vez en 1830, hizo gala de su ferocidad. En seguida volvió á la esfera campesina que adueñaba, y se vinculó con los caudillos subalternos que más tarde sacrificaría á puñal ó veneno: se adhirió las masas, más

íntimamente que lo habían estado jamás, en fuerza de crueldades, de cinismo y de extravagancias en la expedición al desierto de 1833; y volvió de las márgenes salvajes del Colorado repleto de aliento felino á echar garra á la presa ya preparada por el cansancio, la podredumbre moral y el pánico que enervaba los corazones.

El partido unitario estaba vencido y proscrito; pero el tirano necesitaba vencer las resistencias del sentimiento urbano, civilizado y moral, alimentado por las dos últimas fracciones del partido federal: la fracción de Balcarce, grupo heroico como los trescientos espartanos de Leonidas, que exponían su pecho á la multitud de las legiones bárbaras, y fiando en el instinto popular y en las fecundidades de la libertad, presumían contener al malvado levantando, en las fórmulas de una constitución, el imperio del derecho: — la fracción de Viamont que hacía pie en la arena, con denuedo pero sin esperanza, como los soldados indómitos que rodean su bandera en el perdido campo para tener el varonil consuelo de ser los últimos que mueren á su sombra.

Facundo Quiroga ganó la lid en el interior cuando Rosas la ganaba en el litoral. Eran rivales; uno de los dos sobraba. El pampa aterraba al llanista. Le inmoló también. El teatro quedó suyo.

La sociedad estaba gangrenada. Bandas reclutadas entre la canalla más soez, en las cár-

celes y los mataderos, disciplinadas en una asociación terrible, recorrían las calles de Buenos Aires esparciendo denuestos y terrores.... Las montoneras diseminaban en los campos la religión del crimen... Y por todos estos medios, Rosas envolvía la capital en una red en que debía cazarla.

Cobardes representantes de la ley doblaban la rodilla y ofrecían al yugo la cerviz de la patria... Rosas desdeñaba sus votos para solazarse en su miseria.

La superabundante degradación llegó: el vaso rebosó su fetidez. La democracia bárbara, la soberanía numérica, la brutalidad moral exaltaron la encarnación más sombría de gaucho á una autocracia irresponsable.

¡Ah señores! Hay días en que los pueblos de nada dudan, sino de sí mismos: en todo esperan, menos en su derecho. Ese día pálido y vergonzoso ha brillado sobre esta sociedad conturbada por todos los infortunios, aun los más horribles, el miedo y la abyección. La tiranía fué confirmada por el ignominioso plebiscito de 1835.

Como véis, era un resultado de nuestras contradicciones políticas y un producto natural de la sociedad.

Si no puede establecerse la complicidad de un partido con el tirano, tampoco podemos absolver á ninguno de ellos de sus responsabilidades indirectas. Bástenos, empero, para nuestros objetos especiales considerar que la dictadura desalojaba á todos de su terreno, les separaba de sus afinidades peculiares y les confundía en el mar-

tirio. Las eminencias del partido unitario buscaron en 1829 su seguridad expatriándose, y no tardaron en seguirles las diversas fracciones en que se descompuso el partido federal. Aun era poco esto para la vanidad y el hambre de predominio de Rosas. «Destempla la fibra de las montoneras sacrificando los caudillos que le levantaron: disciplina ejércitos de línea; solita y encuentra generales; arma los indios salvajes: confunde todas las jerarquías, y dirige el pobre contra el rico, el gaucho contra el hombre de ciudad, el militar contra el gaucho, el mazorquero contra el militar, la policía contra la mazorca: desmonta, en una palabra, la estructura social y lo nivela todo bajo la única noción inculcada en las masas: la terrible magnitud de su persona.» ⁽¹⁾— Era un imperialismo bárbaro nacido de una fuerza bárbara.

En tal desborde de todas las pasiones primitivas y semejante compresión de los derechos y de los intereses más legítimos, cambió el papel de los partidos. Un partido se disuelve cuando no puede militar, porque se le cierra el terreno libre en que se cruzan las ambiciones y se contrastan las ideas. Así, los partidos argentinos arrojados por la ola de sangre de la escena política y aun del suelo de la patria, se transformaron obedeciendo á afinidades comunes y á las atracciones morales de los individuos congregados en sus cuadros.

(1) El autor, *Lecciones sobre la Historia de la República Argentina*, Tomo 2º, Lección XXI.

Nueva descomposición aquí.

En la corte de Rosas figuran unitarios y federales. Son las almas medrosas ó depravadas que buscan su centro. Concebidos de mísera simiente, tiemblan y vociferan: tiemblan ante el tirano, vociferan contra el pueblo. Esclavos y verdugos al mismo tiempo, se vengan de su degradación en los débiles, y obran en las esferas que les están subordinadas por los mismos medios que imperan en las esferas más altas en que ellos gimen.

Al contrario, los principios constitucionales en su más vasta generalidad debían aproximar á los que, profesándolos sinceramente, eran adversarios ayer, porque las circunstancias les obligaban á luchar juntos por recobrar su arena. Y en efecto, se confunden conservando la tradición liberal y la honra del nombre argentino en reacciones perseverantes y sacrificios soportados con fortaleza, unitarios y federales, vinculados por la austeridad del carácter y ufanos de su martirio. Writh y Agüero, Varela y Rivera Indarte corren las mismas aventuras y fraternizan en su infortunio común.

La composición de los partidos se simplificaba por la sencillez de sus objetos inmediatos; mas el problema social argentino no estaba resuelto, sino aplazado; la dictadura esclarecía la dificultad, pero no la desataba.

La revolución de 1820 estalló porque el pueblo fué comprimido. La revolución de 1827 disolvió la nación porque se pretendió deprimir los ins-

tintos universales de las masas. Rosas triunfó, porque los partidos constitucionales se descompusieron en su choque, y se creyó poder ahogar la irrupción campesina con la irrupción militar. En una palabra, las clases pensadoras mostraron en todo el curso de la revolución que no conocían la sociedad ni apreciaban la medida de sus fuerzas. — Por eso la desviaron. — ¿Qué era la tiranía si no una revelación aterradora del vigor y de la barbarie de las masas? El problema llegaba, pues, á su claridad culminante.

Al prepararse para continuar la revolución interrumpida urgía despojarse del doctrinarismo intolerante, reconciliarse con el pueblo olvidando todos los rencores viejos, é iniciar una obra fecunda de organización libre basada en la moralidad y la educación, adecuada al ejercicio y al desenvolvimiento del derecho popular. Pero parece que las ideas vencidas por conmociones profundas tuvieran el privilegio de apasionar más tenazmente que ninguna á los hombres cuyo espíritu dominan. — Los reyes sacrificados por las revoluciones mueren con la serenidad y la fe de los mártires. — De los unitarios argentinos ha podido decirse como de los aristócratas franceses emigrados: que nada aprendieron ni olvidaron en el destierro; sus ideas convencidas de impotencia les fanatizaban, y conservaron su ensimismamiento científico sin moderar sus recriminaciones, sin disimular su esperanza de salvar el país con las quimeras que le habían perdido y cuyo prestigio se desvanecía ante la experiencia y la tribulación.

No se pierden, empero, los pueblos para siempre. — Las sociedades se transfiguran y son fértiles para suscitar vocaciones en los más funestos conflictos y salvarse por su renovación constante. La regeneración brota de la ignominia y la vida de la muerte como en la metamorfosis de Memnon.

Una generación enérgica y reflexiva solicita su puesto en la común labor; niégaselo la tiranía, y le busca en los templos perseguidos. — Está limpia de complicidades: ninguna responsabilidad la sobrecarga, ningún fanatismo la enerva, ningún odio la hiera. No han extraviado su criterio ni las flaquezas de los federales ni los ensueños de los unitarios. El problema social está planteado ante sus ojos, y cuanto la rodea le advierte que la libertad ha perecido porque el doctrinarismo la ha echado en el precipicio, pretendiendo consolidarla sin contar con el sentimiento popular: que la democracia sucumbió por no haber sido organizada, y cuando carece de organización se corrompe y degenera en tiranía, sea que las masas opriman, sea que las masas abdiquen.

No se resuelve la democracia en la electividad de los que mandan ni en la «soberanía popular» que es el imperio del número, un cesarismo multiforme é incompresible. Consiste en la solidaridad del pueblo para el ejercicio y la garantía del derecho. — El gobierno ejercido á la luz de teorías exclusivas y en nombre de una entidad ideal ó defraudada, fué el *desideratum*

de nuestros partidos doctrinarios. La juventud comprende que el pueblo es una realidad concreta y viva, compleja y orgánica; y que la barbarie colonial que le redujo á muchedumbre informe, y la extravagancia de una revolución que presumió supeditarle después de haberle irritado, eran las causas eficientes de aquella monstruosa tiranía que explotaba los errores y los vicios de todas las generaciones pasadas.

Estudiar la política bajo estas faces y propagar el credo de la nueva alianza fueron los objetos de la Asociación «Mayo» fundada en 1837 bajo la presidencia de D. Esteban Echeverría.

He aquí, señores, un instante singularmente crítico: está á la altura de 1810, hora de la emancipación patria: está á la altura de 1820, hora de la victoria democrática; abre un camino de conciliación, un rumbo revolucionario opuesto á los que nos condujeron á doblarnos exánimes de fatiga y de vergüenza bajo una tiranía, cuya responsabilidad tienen los contemporáneos, porque es una verdad indestructible de experiencia histórica que «los pueblos tienen los gobiernos que merecen».

Mirabeau decía que «los tiranos no nos parecen grandes sino cuando estamos de rodillas». — Olvidaba que hay algo más fuerte que los tiranos,—y son las tiranías cuando expresan genuinamente el estado de una sociedad y constituyen un nudo histórico,—como era la tiranía de Rosas la forma de la democracia bárbara en sus degeneraciones naturales y el nudo histórico de

la revolución nacional.—Quiere decir, que reformar la democracia y desenlazar la revolución, eran los propósitos que condensaban la tarea de la varonil juventud asociada á Echeverría, y cuyo espíritu político comenzaremos á estudiar desde nuestra próxima reunión.

LECTURA II

Qué es el *Dogma socialista* de la Asociación «Mayo». — Su importancia como programa de una generación. — Su método. — Equivale á una revolución filosófica y política. — Sus principios generales.

SEÑORES:

Los fundadores de la Asociación «Mayo» concibieron una idea inspirada tal vez por la fraternidad en que los vinculaban sus peligros personales y las desventuras comunes. — Quisieron entrar en la vida activa con un programa maduro, temerosos de extraviarse en medio de las vicisitudes á que se lanzaban; y encargaron á D. Juan Bautista Alberdi, D. Juan María Gutiérrez y D. Esteban Echeverría que redactaran una explicación sucinta de las quince *palabras simbólicas* que el día de la instalación habían aceptado, propuestas por Echeverría, como divisa y como compendio de su credo. — Estas palabras eran las siguientes:

1. *Asociación.* — 2. *Progreso.* — 3. *Fraternidad.* — 4. *Igualdad.* — 5. *Libertad.* — 6. *Dios, centro y periferia de nuestra creencia religio-*